la pérdida de algunas partes del cerebro. Añade ademas que la vejez hace perder casi enteramente la memoria. Sin duda, dice, las sustancias del cerebro cambian, pero el modo de su composicion debe ser permanente y determinar el modo de la conciencia individual. Despues confiesa que «los procedimientos interiores son inexplicables é inconcebibles.» ¡En hora buena! Véase aquí una confesion que todo lo rescata. Estas supuestas explicaciones por hechos anormales son las únicas que se hayan dado al hecho grande que hemos señalado.

Caballeros, este es un defecto sensible; y puesto que vuestra mayor ambicion es tomar en consideracion todas las dificultades, y no dejar pasar nada en silencio,—acusacion que dirigis á vuestros adversarios,—os excito, por interés mismo de vuestro poder y de vuestra fama á que no lo olvideis y expliqueis física ó químicamente de qué manera la renovacion de vuestros átomos puede tener la propiedad de establecer como resultante *un sér que piensa; que tiene conciencia de la permanencia de su identidad.*

No se ve ninguna conciliacion posible entre estos dos términos opuestos, y podríamos pasar adelante sin preocuparnos de nuestros contrarios, considerándolos simplemente como fuera de combate, y dejándolos sin sentido en la arena, á manera de los antiguos gladiadores cogidos en la red del retiario y traspasados por el mortal tridente. Pero por tener caridad de ellos, queremos continuar el combate; y para la defensa general de nuestra causa, creemos útil examinar las diversas explicaciones emitidas sobre este punto, á fin de que se sepa no satisface ninguna, y que la dificultad queda enteramente *insoluble* en la hipótesis materialista.

La primera explicacion consiste en decir que si las moléculas del cuerpo están en circulacion perpetua, no sucede lo mismo á la forma individual. Nuestras facciones siguen inscritas en nuestro rostro; nuestros ojos conservan el mismo color, nuestros cabellos lo mismo, y nuestra fisonomía el mismo carácter fundamental. Los que han tenido la ventaja de sacar de la gloria militar alguna noble cicatriz conservan esta marca solemne á pesar de la renovacion de las

carnes. Tal es el hecho general de la permanencia y del carácter fisionómico individual.

Nuestros adversarios pueden pretender que puesto que sucede así en el cuerpo, no hay nada de imposible en que la identidad del espíritu sea parecidamente el resultado de fenómenos materiales.

Pero véase aquí el error precisamente: 1.° no puede probarse que la permanencia de las facciones sea el resultado de los simples fenómenos de asimilacion y desasimilacion y de la modificacion incesante de la sustancia: 2.° aun cuando así fuese, nunca habria mas que una identidad de forma, una identidad aparente, conservada por moléculas sucesivas, y no una identidad de fondo, un sér sustancial que permanece; 3.° el alma no es una sucesion de pensamientos, una série de manifestaciones mentales, sino un sér personal, que tiene conciencia de su permanencia.

Por consiguiente, la diferencia que separa la hipótesis materialista de la nuestra, consiste simplemente en observar que nada se explica en la primera, mientras que todo se explica en la nuestra. Como se ve, es una ligera diferencia.

Se dirá que al reemplazarse los átomos materiales siguen precisamente la misma direccion que sus predecesores, que son arrastrados por el mismo torbellino, reemplazándose como soldados en faccion que se dan sucesivamente la consigna, y que si el pensamiento no es mas que una série de vibraciones, son precisamente las mismas vibraciones que se perpetúan, aunque la sustancia de los círculos vibrantes haya cambiado. Pero semejante pretension es doblemente insignificante, en atencion á que no explica mejor que las primeras la identidad del yo, y que dicha pretension tiene una tendencia á llevarnos á las cualidades ocultas, y á trasformar el cuerpo en una especie de locutorio de pequeñas moléculas que llegarian á entenderse y á ponerse de acuerdo, á pesar de la charla y ligereza de su sexo.

Puede decirse tambien que si el cerebro cambia poco á poco, sucede lo mismo á nuestras ideas, á nuestro carácter, á nuestras tendencias, á nuestro mismo espíritu. Pero si por un lado consideramos la sustancia constitutiva del ce-

rebro en un momento dado, sucederá algunas semanas ó algunos meses mas tarde (poco importa el tiempo), que la mitad por ejemplo de esta sustancia estará cambiada, y por consiguiente no habrá mas que la mitad de la sustancia considerada en el momento en cuestion. Mas tarde no habrá mas que la cuarta parte; mas tarde aun la media cuarta, y así sucesivamente. De manera que, segun esta suposicion, cambiaríamos primero en la mitad, despues en tres cuartas partes, despues en tres cuartas partes y media, y despues no quedaria casi nada de nuestra persona primitiva. Pero ¿quién no conoce que no sucede así, que no se corta de esa manera un pedazo mas ó menos considerable de nuestra alma, que nuestra alma es una, simple, indivisible, idéntica á sí misma en cada instante consecutivo de su duracion? La permanencia del *yo* sale pues todavía victoriosa de esta refriega.

¿Se sostendrá, en fin, que hay en alguna parte del cerebro un santuario en cuyo seno una molécula cerebral queda libre de las leyes generales de la materia, inmutable y permanente, privilegiada entre todas y dotada de una integridad inatacable, y que esta molécula es el centro de los pensamientos y que constituye la identidad de nuestra persona? Semejante suposicion no solo es puramente arbitraria y está privada de sentido, sino que está en contradiccion con la observacion científica y el espíritu del método positivo, y no habrá además ninguno de nuestros adversarios que se proponga cargar con su responsabilidad.

Así pues, quiérase ó no, la identidad permanente de nuestro sér mental es un hecho inconciliable con la mutabilidad incesante del órgano cerebral, en el caso en que se hace de nuestro sér mental una cualidad de dicho órgano.

¿No es una osadia singular, cuando se piensa en ello, llegar á negar, ante la conciencia individual y universal, el grande hecho de la existencia personal del alma? ¿No sabemos todos, con la evidencia mas indisputable, que nuestro *yo* y nuestros órganos son radicalmente distintos, que nuestra persona se conoce y se afirma independientemente ella misma, que nuestros órganos no son *nosotros,* sino que son *de nosotros,* lo que es muy diferente, y no parece que negar este hecho, es negar la luz en pleno medio dia?

Poner así en duda la primera afirmacion de nuestra conciencia, y pretender que estamos en una ilusion, y que mientras que nos creemos personalmente existir y poseer nuestros órganos, son ellos los que nos poseen, y que no tenemos una existencia personal; es poner en duda al mismo tiempo el principio mismo de toda certidumbre, y reducir á humo el edificio secular de los conocimientos humanos.

Si se niega este primer hecho de conciencia, ya no queda nada firme en la humanidad.

¿Se comprende la audacia de esta burla? Si estamos en una ilusion sobre nuestra propia personalidad, ¿de qué estaremos seguros ahora, y qué cosa nos atreveremos á afirmar? Verdaderamente son de admirar esos señores materialistas, que sientan esta duda en primera línea, y que se atreven á afirmarla con supuestas observaciones de ciencia positiva. ¿No conoceis que esos señores son á su vez el juguete de alguna maravillosa ilusion, llegando neciamente á sostener que nuestra identidad personal no es mas que un reflejo, y que somos simplemente el adjetivo del elemento cerebral? Deberian sin embargo estar bien persuadidos que no siendo su pensamiento sino la resultante del fósforo ó de la potasa, la naturaleza de estos pensamientos depende de estas combinaciones, y que, por consiguiente no tienen razon en presentarse como afirmadores personales. No tienen derecho para ello; y si quisieramos llevar su propio sistema hasta sus burlescas consecuencias, no los consideraríamos como dotados de existencia personal, y en vez de dirigirnos á su persona pensante, nos atendríamos á la constitucion de su cerebro. Este es el momento de hacer notar con Herschel, que no hay absurdo que un aleman no haya convertido en teoría.

Cuando se llega á estas exageraciones, se ve uno verdaderamente inclinado á dirigir sus miradas atrás, y á volver á colocar la *ontología* en el trono que abdicó en favor de la república científica. A no restablecerse el equilibrio, está uno tentado á preguntarse con de Broglie (1), si la ontolo-

(1 *De l' existence de l' âme*, p. 112.

gía es verdaderamente una tontería, y si los ontologistas son necesariamente locos, idiotas y alucinados. Parece que no, responderíamos con el académico. La ontología no es cosa que tome ni deba tomarse en mala parte; es uno de los ramos de la filosofía general, es la ciencia del sér, en oposicion á la ciencia del fenómeno ó de la apariencia. El hombre, dicen los filósofos, aborda directamente los fenómenos; los percibe ó por los sentidos ó por la conciencia, los estudia, los describe, los compara. Pero bajo el fenómeno, hay el sér que persiste, mientras que el fenómeno cambia ó pasa. Independientemente de los atributos, de las modificaciones, hay la sustancia que sostiene los atributos y sufre las modificaciones. A las cualidades, á las apariencias, es preciso un sujeto de inherencia, un sosten, no importa el nombre. Mientras que las ciencias naturales describen los fenómenos sensibles, mientras que la psicología describe los fenómenos de conciencia, la ontología averigua la legitimidad del procedimiento por el cual pasamos del fenómeno al sér.

Pero no queremos entrar ni conducir á nuestro lector á esa caverna todavía demasiado oscura de la ciencia abstracta, y tememos mas que nadie las emanaciones soporíferas que exhala. Tenemos esencialmente que permanecer en el mundo luminoso y activo de la observacion experimental. Notamos igualmente—pues tan ciertos y seguros estamos de la victoria que nos complacemos en suscitar contra nosotros todas las dificultades posibles,—notamos igualmente que la autoridad de la conciencia puede bajo cierto aspecto ponerse en duda, y que importa no aceptar sin prueba el testimonio puro y simple del sentido íntimo. Como el principio del pensamiento sufre á cada instante multitud de influencias derivadas del mundo exterior por el intermedio de los órganos, influencias de que á veces es juguete sin que le sea posible descubrirlo y librarse de él, acaso podria pretenderse que el sentimiento de su supuesta identidad es una ilusion debida á una invencible ignorancia del juego respectivo de los diversos elementos que lo componen. A esta objeccion, responderemos con Mr. Magy (1),

(1) *De la Science et de la Nature*, p. 30, 63.

por el encadenamiento de las siguientes proposiciones:

Lo mismo en el alma humana que en toda la naturaleza, encontramos la coexistencia de la fuerza y de la extension. Los hechos que pueden revelarnos en el sujeto pensante una actividad propia, son visibles á cada paso de la marcha de nuestros estudios.

En efecto, la primera condicion que para aprender se ha de imponer nuestro espíritu es un esfuerzo espontáneo, poderoso para neutralizar todas las causas que tienden á mantenernos en la inercia é ignorancia, tales como las exigencias de la vida social, las necesidades del cuerpo, las pasiones, el defecto de aptitud y las dificultades propias del estudio. Este esfuerzo preliminar no se detiene en el umbral mismo del estudio, al contrario su energia se mantiene y crece en el periodo de adquisicion. Se necesita una atencion sostenida y persistente para penetrarse bien de las nociones á que se aspira. Esta atencion es necesaria así al talento mas grande como al alumno. Newton no encontró la atraccion universal, sino por su permanente tension de espíritu. Ocupado Arquímedes en la investigacion de un problema no reparaba en la toma de Syracusa, y murió atravesado por el acero, víctima de la dinámica de su alma. Descartes ve en todas estas cosas un motivo de meditacion. Y ¿no sabemos todos que la sabiduría no se adquiere sino á costa de perseverantes esfuerzos y de la larga y ruda contencion del espíritu sobre lo que constituye el objeto de estudio?

Hay mas: la misma energía que necesitó el espíritu para adquirir el saber, le es aun mas indispensable para conservarlo. El artificio mas seguro para retener la ciencia por medio del recuerdo, es fijarse sobre cada idea y sobre cada hecho con una atencion recogida; darse cuenta, en lo posible, de los procedimientos de invencion que han debido seguir los inventores, separando de ellos el método, y fijar de alguna manera la idea misma del estudio en el cerebro. Estos hechos aseguran que el sujeto pensante, en la adquisicion de sus conocimientos, se los asimila por un trabajo que le es propio, portándose como una fuerza individual. De manera, que el procedimiento fundamental de accion

de la causa inteligente prueba de una manera perentoria que esta fuerza es individual, y no un agregado de fuerzas distintas.

Todas las operaciones de la inteligencia humana son análisis sintéticos, ó síntesis analíticas, es decir consisten esencialmente en la descomposicion de un todo dado, ó en la coordinacion de elementos distintos, en cada uno de los cuales interviene la lógica por su parte y ocupa su sitio.—Cualquiera que sea la ciencia de que se trate, esa es la ley del espíritu humano, ley sin la cual no habria relacion alguna entre los diferentes objetos de nuestros conocimientos, y sin la cual la ciencia no existiria. No es necesario presentar aquí ejemplos; nuestros lectores están bastante acostumbrados á los procedimientos íntimos de la inteligencia para comprenderlos á la simple enunciacion en toda su profundidad y universalidad.

Pues bien, si juzgamos el alma por el modo mismo de su accion intelectual, reconoceremos sin vacilar, que la fuerza pensante no podria ser un agregado de fuerzas elementales. ¿En qué condicion puede el alma dirigir á un mismo centro de ideas todas las observaciones que se refieran á ella, agrupar los silogismos auxiliares en torno del principal, asociar los juicios segun la regla de la lógica, percibir la relacion de los términos cuyas conveniencias enuncia, cordinar en una misma intuicion los fenómenos estudiados, formar hipótesis, comparar los resultados; en qué condicion en fin, puede el alma abstraer y generalizar, si no es en la condicion de ser una fuerza absolutamente simple, absolutamente indivisible, y de estar dotada de la facultad de referirlo todo á sí misma como á un solo juez, como á una sola conciencia?

Los partidarios de la secrecion cerebral repetirán por última vez que esta alma personal no es mas que la resultante de todas las fuerzas elaboradas por cada órgano del cerebro, y que todas estas fuerzas convienen en un dinamismo tan bien dispuesto que establecen de este modo la unidad y la armonía del trabajo intelectual. Pero este acuerdo singular de todas estas pequeñas almas para formar de ellas una grande, es una hipótesis mucho mas complicada, y por consiguiente menos aproximada á la verdad natural, que la nuestra; fuera de que, en lugar de establecer la unidad del alma, la destruye. Al localizar las facultades de la inteligencia en los diversos órganos del cerebro, Gall declaraba que todas las facultades intelectuales están dotadas de la facultad de percepcion, de recuerdo, de memoria, de juicio y de imaginacion! ¡Qué república tan encantadora! Cuando una facultad domine á sus vecinas, como la observacion lo demuestra en cada individuo, ¿soportarán estas sumisamente su despotismo? Cuando dos facultades estén en desacuerdo, sea por ejemplo el número 5 (inclinacion al asesinato) y el número 24 (benevolencia), ¿quién dominará este antagonismo? Será preciso imaginar muy pronto un general en jefe, y en este caso los oficiales subalternos y los soldados llegarán á ser inútiles, y nuestro general será simplemente el espíritu mismo; porque, acabamos de verlo, en virtud del modo intelectual de la accion del alma así como en el testimonio del sentimiento de la conciencia, esta alma es una, idéntica, indivisible.

El carácter dinámico del alma es fácil de reconocer en todas sus manifestaciones. Si consideramos los talentos cultivados, observamos en ellos una necesidad insaciable de conocer. Aquí la fuerza virtual del alma se traduce en obras elocuentes. Si descendemos á las clases inferiores de la sociedad, á esas zonas de penumbra, en donde la antorcha de la instruccion no alumbra todavía, vemos, no ya en el ejercicio del pensamiento, sino en las tendencias de la pasion, un modo de actividad psicológica universal. A la tendencia apasionada de los individuos se agrega tambien la energía de una pasion dominante, y á esta pasion la voluntad que la combate ó la dirige. La facultad de vencer ó de dirigir sus pasiones es todavía una forma dinámica de la esencia de nuestra alma. Si por último descendemos de nuestras voluntades particulares á los hábitos que forman y mantienen en nosotros, llegamos á reconocer que todos nuestros actos, desde la obra creadora del pensamiento hasta el movimiento mas simple de nuestros miembros, denotan la fuerza íntima que nos gobierna y que se traduce en accion material por el intermedio de los centros

nerviosos, de los nervios y de los músculos. Sabemos que la fuente de todo movimiento corporal reside en el espíritu. Ninguno se atreverá á negar que mi brazo ó mi pierna no se mueven sino al mandato de mi voluntad, lo mismo que la locomotora bajo la accion del vapor dirigida por el mecánico. Mi cuerpo reducido á sí solo es inerte. Descartes y Locke están acordes en esto con Leibnitz. El pensamiento es la accion del alma: ¿se necesita mas para sostener que el alma es una fuerza? El mismo Cabanís está muy cerca de confesarlo cuando dice que: Para formarse una idea exacta de las operaciones de que resulta el pensamiento, es menester considerar el cerebro como un órgano particular, destinado especialmente á producirlo; lo mismo que el estómago y los intestinos á obrar la digestion, el hígado á filtrar la bilis, las parótidas y las glándulas maxilares y sublinguales á preparar los jugos salivales. Al llegar al cerebro las impresiones, le hacen entrar en actividad, su funcion propia es percibir cada impresion particular, fijarle signos, combinar las diversas impresiones, compararlas entre sí, sacar de ellas juicios y determinaciones, como la funcion del estómago es obrar sobre las sustancias nutritivas cuya presencia le estimula, disolverlas, asimilar los jugos á nuestra naturaleza.» Cabanís añade que esta manera de ver, «la dificultad suscitada por los que, considerando la sensibilidad como una facultad pasiva, no conciben cómo juzgar, raciocinar é imaginar, no es otra cosa que sentir. Esa dificultad no existe luego que se reconoce en estas diversas operaciones la accion del cerebro sobre las impresiones que le son trasmitidas.» Por consiguiente, notaremos con M. Magy, que segun los fisiólogos menos espiritualistas, el cerebro es un sistema cuya funcion es producir y elaborar el pensamiento; que literalmente es su resultante. Detiénense aquí, sin echar de ver que para explicarlo todo no les queda que añadir mas que una palabra.

Los que en presencia de la correlacion notable que une el alma al cuerpo en todas las manifestaciones de esos dos principios, afirman la identidad sustancial de la fuerza pensante y de la energía cerebral, se parecen á los que dan á la materia los atributos de Dios. Trasladan al cerebro

las facultades que pertenecen al sujeto pensante, y que la conciencia nos revela en el fondo de nuestra íntima actividad.

Todas vuestras pretensiones se desvanecen en humo, oh despreciadores de la inteligencia; la voz de la humanidad entera os impone este nombre imperecedero: el *Alma*; y cada sér pensante afirma en particular su *Yo*, que reina en el punto central de su vida. En vano procurais referir esta personalidad á un movimiento material de la médula espinal, yo os opongo victoriosamente mi potencia intelectual que dice: *yo* pienso, *yo* juzgo, *yo* quiero; este poder inatacable que piensa no solamente lo visible, sino lo invisible, no solo lo material sino lo inmaterial, no solo lo actual, sino lo pasado y lo porvenir; este poder que no puede ser hijo de la materia, por cuanto su vida y su accion se realizan en el mundo moral. Os opongo en fin mi Pensamiento que se irgue formidable ante vuestro atentado, y que, en virtud de esta palabra misma que oís en estas líneas, protesta de su existencia individual y os afirma su personalidad! ¿Pretendereis que esta protesta venga de un lóbulo de mi cerebro? No, señores, basta de tonterías; yo sé, y vosotros lo sabeis tambien, que es el *yo* quien os habla, y no un nervio ó una fibra.

Podríamos añadir para terminar este capítulo de la personalidad humana algunas reflexiones sobre ciertos puntos de estudio todavía misteriosos, pero no insignificantes. El somnambulismo natural, el magnetismo y el espiritismo, ofrecen á los experimentadores graves que saben examinarlos científicamente, hechos característicos que bastarian para demostrar la insuficiencia de las teorías materialistas. Es triste, lo confesamos, para el observador concienzudo, ver el charlatanismo desvergonzado ingerir su pérfida codicia en causas que deberian ser respetadas; triste cosa es asegurar que de cien hechos, noventa y nueve pueden ser falsos ó imitados. Mas un hecho solo de estos bien confirmado, basta para destruir todas las explicaciones materialistas. Empero ¿qué partido toman ciertos doctos personages en presencia de estos hechos? Los niegan simplemente. *La ciencia no duda*, dice en particular Büchner, que todos los casos de

esa supuesta segunda vista son farsas convenidas de antemano. La segunda vista es, por razones naturales, una *imposibilidad*. Sucede en las leyes de la naturaleza que los efectos de los sentidos estén reducidos á ciertos límites del espacio que no pueden traspasar. Nadie tiene la facultad de adivinar los pensamientos ni ver con los ojos cerrados lo que pasa á su alrededor. Estas verdades están basadas en leyes naturales que son inmutables y sin excepcion.» ¡Ah! señor juez, ¿conoceis bien las leyes naturales? ¿No tiene, pues, la creacion nada oculto para vos? Hombre feliz! ¿cómo no sucumbís bajo el exceso de vuestra ciencia? Pero ¿qué? vuelvo dos páginas y véase lo que leo: «El somnambulismo es un fenómeno del cual desgraciadamente no tenemos sino observaciones muy inexactas, aunque seria de desear que tuviésemos de él nociones precisas, *á causa de su importancia para la ciencia*. Sin embargo, sin tener datos ciertos de él (escuchad) *se pueden* considerar como *fábulas* todos los hechos maravillosos y extraordinarios que se cuentan de los somnámbulos. No hay somnámbulo que pueda escalar murallas, etc.» ¡Ah ¡señor mio, y cuán sábiamente raciocinais! y qué bien hubiérais hecho, antes de escribir, en saber un poco lo que pensais!

Los observadores filósofos que nos escuchan, saben que ciertos hechos de la vida del alma son completamente inexplicables en la hipótesis materialista, y que estos hechos rigorosamente confirmados, pueden por sí solos echar por tierra su grosero aparato. Sin que sea necesario insistir aquí acerca de este punto de vista de la cuestion, importa para nuestra victoria hacer notar la imposibilidad de admitir que el alma sea el producto químico ó el movimiento mecánico que se nos opone, cuando se sabe que ella manifiesta en ciertos casos una personalidad distinta, una naturaleza incorpórea, y facultades independientes del cuerpo.

Así pues, volviendo á las conclusiones anteriores: hay contradiccion entre la unidad del alma y la multiplicidad de los movimientos cerebrales; contradiccion entre la identidad permanente del alma y la mutabilidad incesante de las partes constitutivas del cerebro; contradiccion entre la existencia real de nuestro *yo* y la asimilacion del alma á

una propiedad del cerebro; contradiccion entre el carácter dinámico del alma y las supuestas secreciones orgánicas; ¡contradicciones, siempre contradicciones! Si nuestros adversarios creen que no son suficientes, la exposicion de los hechos de la voluntad va á ofrecerles un nuevo campo donde escoger.